



La epidemia de los envases
de cartón de leche





Sois alimento. ¿Los músculos que utilizáis para andar, hablar o levantar un peso? Son medallones de carne y tendones correosos. ¿La piel a la que le dedicáis tanta atención ante el espejo? Es deliciosa para los paladares adecuados, un platillo de tejido succulento. ¿Y los huesos que os aportan la fortaleza necesaria para abriros paso en el mundo? Crujen entre los dientes cuando las gargantas babeantes engullen el tuétano. Son hechos desagradables, pero a tener en cuenta. Y es que existen unos seres que no se esconden en agujeros, aterrorizados e impotentes, a la espera de que los capturemos y los aseemos en nuestros fuegos. Estos seres tienen sus propias maneras de dar caza a sus presas, cuentan con sus propios fuegos, poseen sus propios apetitos.

Jack Sturges y su hermano menor, Jim, desconocían todo esto mientras corrían en sus bicicletas por el lecho de un canal en San Bernardino, su ciudad natal, en California. Era el 21 de septiembre de 1969, un día perfecto de una era desaparecida: la luz del crepúsculo se proyectaba sobre las cimas del monte Sloughniss enclavado al este de la ciudad, y desde las calles cercanas les llegaba el zumbido de los cortacéspedes, el olor del cloro de una piscina, el aroma de las hamburguesas humeantes que alguien estaba haciendo a la parrilla en el jardín trasero de su casa.

Las altas paredes del canal les permitían estar enteramente a cubierto de las miradas ajenas mientras jugaban con las pistolas. Esa tarde, como de costumbre, Victor Power (Jack) se en-

frentaba al Doctor X (Jim), y zigzagueaban entre los montones de escombros tiroteándose mutuamente con sus pistolas de plástico de juguete que disparaban rayos láser. Como de costumbre, Victor Power era el claro vencedor, en esta ocasión, gracias a su nueva bicicleta: una Sportcrest color rojo cereza tan flamante que aún llevaba prendida la cinta con lacito del cumpleaños. Ese día Jack cumplía trece años, pero montaba en su regalo como si llevara toda la vida haciéndolo, subiendo por los terraplenes de forma suicida, abriéndose paso entre las tupidas malezas que se interponían en su camino, sin empuñar el manillar a veces, cuando se proponía disparar un tiro particularmente preciso.

—¡No me pillarás con vida! —gritó Victor Power.

—¡Verás como sí! —jadeó el Doctor X—. Voy a... Un momento...
¡Eh, Jack, espera un momento!

Jim —o «Jimbo», como su hermano le apodaba— se ajustó las gruesas gafas, que estaban rotas pero unidas por una tirita adhesiva, al puente de la nariz sudorosa. Tenía ocho años y su baja estatura no se correspondía con su edad. Su desvencijada Schwinn amarilla no tan solo era una bicicleta inferior a la Sportcrest, sino que era de una talla tan grande para él que aún no le había quitado las ruedecillas auxiliares. Su padre le había prometido que con el tiempo crecería lo bastante para llevar bien la bicicleta, pero Jim seguía esperando que tal momento llegara. Entretanto tenía que erguirse sobre los pedales para coger impulso, lo que le perjudicaba a la hora de disparar con su pistola de rayos con un mínimo de precisión. El Doctor X estaba poco menos que condenado.

La Sportcrest se abrió paso entre un montón de basura. Jim le siguió unos segundos después, con las ruedecillas laterales chirriando, pero entonces se fijó en el arrugado envase de cartón de leche y giró en redondo. En uno de los lados del envase estaba impreso el rostro de una sonriente niña pequeña, junto con la leyenda NIÑA DESAPARECIDA. Al verlo, los pelos se le

pusieron de punta. Así era como anunciaban las desapariciones de niños, y eran muchos los que estaban en paradero desconocido.

El primer chaval había desaparecido un año atrás. Los de San Bernardino se habían organizado en grupos de búsqueda y rescate. Y entonces desapareció otro niño. Y otro más. Durante un tiempo estuvieron tratando de encontrarlos. Pero pronto empezaron a desaparecer niños casi todos los días, y los adultos no daban abasto. Eso fue lo que a Jim le dio más miedo, ver la resignación en las caras de los padres faltos de sueño. Se habían rendido a aquel mal impreciso que estaba arrebatándoles a sus hijos, y cuando servían leche a sus familiares, hacían lo posible por ignorar los rostros impresos en los lados de los envases de cartón con aquellas palabras espeluznantes:

¿ME HAS VISTO?

El último recuento del que Jim tenía noticia establecía que los niños desaparecidos eran ciento noventa. La cifra podía parecer disparatada, pero él veía indicios de su veracidad por todas partes: un vallado más alto circundaba el colegio, grupos más nutridos de padres que vigilaban los parques infantiles, los policías que obligaban a volver a sus casas a todos aquellos niños que veían en las calles después del anochecer. Era inusual que a Jim y a Jack les hubieran dejado salir en bicicleta cuando el sol ya estaba poniéndose, pero se trataba del cumpleaños de su hermano, y sus padres no habían podido decirles que no.

Jack no había perdido un segundo a la hora de añadirle una prestación puntual a su bici. Fijó mediante un alambre su radio de transistores al manillar rojo brillante. A continuación la había sintonizado a todo volumen, de forma que la tarde entera había discurrido con el acompañamiento musical de las canciones más pegadizas del momento: «Sugar, Sugar», «Hot Fun in the Summertime», «Proud Mary». En principio, no parecía

que tales canciones pudieran ser la perfecta banda sonora para el intercambio de disparos entre Victor Power y el Doctor X, pero de hecho sí que lo eran. Mientras Jim consiguiera no pensar demasiado en aquellos envases de cartón de leche, esta bien podría ser la mejor tarde de su vida.

Unos metros por delante, en la bici de Jack, la radio comenzó a transmitir otra canción: «What's Your Name?» de Don and Juan. Se trataba de una balada romántica, género que no era el preferido de Jim, pero, por las razones que fueran, el melancólico canturrear se ajustaba a la atmósfera del día que llegaba a su fin. El sol estaba poniéndose con rapidez, al día siguiente empezaba el nuevo curso, y este último recorrido en bicicleta, de poco menos de un kilómetro, podía ser el fulgor final del verano antes de que las clases del otoño acabaran con él de forma inmediata, como quien apaga la llama de una vela.

Con los ojos entrecerrados, Jim miró hacia el sol. Entrevió que Jack estaba pedaleando con tal rapidez que los pájaros se apartaban volando de su camino, y ya no volverían a posarse en tierra hasta que hubieran llegado al sur para invernar. Jack lanzó un grito de euforia, mientras las hojas secas bailaban sobre la estela de la Sportcrest. Dentro de pocos segundos, Jack iba a pasar bajo el puente viario Holland, un monolito de hormigón y acero. Un par de automóviles avanzaban por el puente, pero abajo imperaban unas sombras tan profundas y oscuras que los ojos te escocían al mirarlas.

Jim tenía que alcanzar a su hermano. Quería volver a casa a su lado como dos iguales, Jack y Jim Sturges, en lugar de como los consabidos ganador y perdedor, Victor Power y el Doctor X. Se irguió sobre la bicicleta y pedaleó con todas sus fuerzas. Las ruedecillas laterales protestaron —¡CREC, CREC, CREC!—, pero siguió empujando con las piernas, diciéndose que ojalá las tuviera más largas y más fuertes.

Cuando volvió a levantar la mirada, Jack se había esfumado.

Jim vio que la Sportcrest estaba tirada bajo el puente, perfilada por la luz del sol poniente, con el manillar torcido y la rueda delantera girando todavía. A punto de chocar contra el puente, pedaleó hacia atrás para frenar la rueda trasera, y la Schwinn patinó hasta detenerse a unos pasos de la sombra de la construcción de hormigón. Se sentó a horcajadas sobre la barra horizontal y, jadeante, trató de dar con su hermano en los rincones más oscuros.

—¿Jack?

La rueda delantera de la Sportcrest continuaba girando, como si el fantasma de su hermano siguiera dándole a los pedales.

—Vamos, sal de una vez, Jack. No seas tonto. No vas a conseguir asustarme.

La única respuesta fue la de Don and Juan. Los ecos hermanaban sus dulces armonías en un lamento angustioso.

«Me quedé en la esquina, / a la espera de que regresaras, / para que mi corazón encontrara aliviooo...»

Con petardeos sordos, las farolas próximas a Jim se fueron encendiendo, una después de la otra, inundando el canal con el destello amarillo de las luces de sodio. Lo que significaba que ya era de noche: no había tiempo para seguir haciendo tonterías.

—Si no volvemos a casa ahora mismo, papá no nos dejará salir por las tardes durante semanas enteras. ¿Jack?

Jim tragó saliva, se bajó de la bicicleta, se llevó la sudorosa palma de la mano a la culata de la pistola de rayos láser y fue andando con la bicicleta hasta encontrarse bajo la oscuridad del puente. La temperatura era diez grados más baja; de pronto se estremeció. Las ruedecillas laterales ahora giraban con mayor lentitud, pero seguían quejándose como antes:

CREC. CREC. CREC.

La Sportcrest estaba a corta distancia delante de él. La rueda delantera empezaba a girar más lentamente. De pronto tuvo la sensación de que aquella rueda representaba el corazón de Jack,

de que, si cesaba en su movimiento, su hermano desaparecería para siempre.

—¡Jack! ¡Vamos! ¿Te has hecho daño? ¡Jack, estoy hablando en serio!

Se encogió de miedo cuando el eco devolvió sus palabras. Las farolas amarillentas, el cielo violáceo, la fría humedad, los burlones ecos de su temor... ¿Cómo se explicaba que la transformación del sueño en pesadilla hubiera sido tan rápida? Se giró en redondo y vio pasar una sombra, y otra después, con mayor rapidez cada vez. El pecho se le hinchaba por los sollozos y tenía las mejillas ardientes de miedo, hasta que se dijo que había una dirección en la que no había mirado.

Levantó la cabeza, a fin de examinar la parte inferior de la cubierta del puente.

La negrura era total.

Pero, entonces, la negra oscuridad *se movió*.

Lo hizo de forma natural, casi con delicadeza. Unas extremidades gigantescas y poderosas se recortaron contra el hormigón. Algo del tamaño de un pedrusco —una cabeza— se giró, hasta que Jim vio unos ojos anaranjados y ardientes como el fuego. La cosa respiró hondo, y el vientre del puente pareció temblar. A continuación exhaló, y la fuerza del aire putrefacto hizo que el cuerpo de Jim se doblegara.

Aquella cosa se soltó del puente, dejándose caer al suelo. La basura salió despedida por los aires, proyectando una gran nube de polvo, y Jim vio que entre los desperdicios había varios envases de cartón de leche, dos, tres, cuatro, cinco, revoloteando y girando en el aire de tal manera que las sonrisas de los niños desaparecidos daban la impresión de estar mofándose de sus propias muertes. La cosa se irguió sobre sus cuartos traseros, como un oso pardo, y las farolas de la calle arrancaron destellos a dos cuernos que rasparon el hormigón del puente. Una boca se abrió, y unos enormes dientes dispares centellearon en la penumbra. Los ojos anaranjados se clavaron en Jim. Y,

a continuación, unos brazos —musculosos y largos cual serpientes pitón cubiertas de pelaje apelmazado— fueron a por él.

Jim gritó. Las paredes del canal hicieron que su grito resonara diez veces más alto, por lo que la cosa se detuvo un segundo. El chico aprovechó el momento y, de un salto, se sentó a horcajadas en la Schwinn y empezó a alejarse. Al pasar junto a la bicicleta de Jack su pie izquierdo impactó en la radio silenciando a Don and Juan de una vez para siempre, y luego ya no estaba debajo del puente viario Holland, aunque seguía gritando y pedaleando con todas sus fuerzas.

Lo oyó a sus espaldas: el galopar de una cosa descomunal que estaba persiguiéndole a cuatro patas como un gorila.

Farfullando aterrorizado, Jim pedaleó con más fuerza que nunca. El chirrido de las ruedecillas laterales se convirtió en un chillido. Pero la cosa estaba pisándole los talones. La tierra se estremecía al compás de sus pies monstruosos. Resoplaba como un toro, y el aire que exhalaba hedía a aguas residuales. A Jim se le cayó de la mano la pistola de plástico; nunca más iba a ser el astuto y poderoso Doctor X. La cosa a sus espaldas rugió tan cerca que todo el cuadro de la bicicleta vibró. Las farolas proyectaron la horripilante sombra del brazo de la cosa, que iba a por Jim con sus zarpas largas y afiladas.

El chico torció a la izquierda, saltó sobre el borde del canal, atravesó por entre las malas hierbas y fue a parar a una acera. En ella había una toma de riego para incendios, pintada de rojo, como la bicicleta que le habían regalado a Jack por su cumpleaños... Oh, Jack, Jack, ¿qué le había pasado? Jim pasó junto a la boca de riego y continuó su huida por el centro de la calzada. Un coche hizo sonar la bocina y el conductor dio un volantazo para no atropellarlo. El chico ignoró los gritos furiosos. Pedaleaba velozmente como lo hacía su hermano. Finalmente había terminado el aprendizaje de montar en bicicleta. Las ruedecillas laterales se desprendieron y rebotaron en la calle, convertidas en inútiles piezas de goma.

Su casa estaba *ahí mismo*, a unos pocos segundos de distancia, y Jim la cubrió en un instante, ahogándose y chillando, con las lágrimas desparramándose por las mejillas. La bici dio un bandazo, subió a la acera y se estrelló contra el vallado pintado de blanco. El chico trazó una voltereta en el aire antes de ir a parar al césped del jardín, tras arañarse la cara con los macizos de flores recortados por su madre con esmero. La tiritita adhesiva que mantenía unidas las gafas se había soltado.

El perro estaba ladrando en el interior. Oyó unos pasos, la puerta al abrirse, el ruido que hacían su madre y su padre al bajar las escaleras del porche. Jim se dio cuenta de que continuaba gritando, lo que le llevó a pensar en la bestia. Encontró las dos mitades de sus gafas a tientas y se las llevó a los ojos. Nada. Escudriñó el jardín delantero, las tranquilas casas del barrio de las afueras, los buzones, los macizos de flores, los aspersores. No había monstruos por ninguna parte, pero vio otra cosa a sus pies.

Un medallón de bronce prendido de una cadena herrumbrosa. Tenía grabado un blasón inquietante: un rostro repulsivo y rugiente; una leyenda indescifrable escrita en un lenguaje bárbaro; y una espada larga y magnífica en la parte inferior. El chico rompió a sollozar y se llevó la mano al pecho.

—¡Jim! ¿Qué pasa?

Era su madre, quien cayó de rodillas a su lado y le frotó las orejas, limpiándose las de tierra. Su padre llegó a continuación y se arrodilló frente a él, le sujetó la rodilla y la meneó, para que Jim saliera de su desconcierto. No hacían más que repetir su nombre una y otra vez: *Jim*. Resultaba horrible que ya nadie fuera a llamarle «Jimbo» nunca más.

—Mírame, hijo... —dijo su padre—. ¿Estás bien? ¿Todo en orden? ¡Hijo!

—¿Dónde está tu hermano? —El ronco murmullo de su madre apuntaba a que de alguna forma lo sabía—. Jim, ¿dónde está Jack?

Sin responder, el chico se echó hacia un lado, pues su padre se interponía entre él y lo que quería ver. La marca seguía siendo visible en el césped, pero el medallón ya no estaba allí, si es que en realidad lo había estado en algún momento. Le embargó una extraña sensación de tristeza por su desaparición y una sensación de fracaso todavía más intensa. Se desplomó sobre los brazos de sus padres, llorando, estremeciéndose, sabedor de que acababa de experimentar por primera vez la naturaleza del verdadero miedo, el dolor de una pérdida irremediable.

Jim Sturges era mi padre. Jack Sturges era mi tío. La historia que acabo de contaros no la supe sino cuarenta y cinco años después, cuando yo tenía quince. Entonces me enteré de que el tío Jack fue el último niño desaparecido en el curso de la epidemia de los envases de cartón de leche, una epidemia que terminó con tanta rapidez como había empezado. La Sportcrest destruida se convirtió en una reliquia de familia: la habré visto un centenar de veces. Cuando tenía quince años también me enteré de que mi padre se había pasado las décadas posteriores, su juventud entera y la mayor parte de su vida adulta visitando el puente viario Holland por las noches con una linterna en la mano, tratando de dar con pistas sobre lo sucedido a su hermano mayor. Nunca más volvió a saberse de Jack, como no fuera en los envases de leche donde estaba impresa su sonriente cara valerosa y confiada junto con la palabra DESAPARECIDO.

Qué forma tan perfecta de describir a mi padre en los años venideros.



PRIMERA PARTE

Por el sumidero





I.

Las crónicas contemporáneas establecen que la histórica y decisiva Batalla de las Hojas Caídas tuvo lugar durante los dos últimos minutos del partido en el estadio Harry G. Bleeker del Instituto de San Bernardino, donde nuestro querido equipo local, los Guerreros Feroces, iba ganando por tan solo seis puntos y nuestro *quarterback* titular estaba en el banquillo tras haber recibido un golpe. En ese momento y lugar precisos, durante el partido más importante del año y sobre aquel césped húmedo, un héroe valeroso cayó derrotado y un vencedor con el que nadie contaba se alzó con la victoria. Hoy día, lo sucedido aquella noche sigue alimentando los cuentos y los sueños nocturnos de los niños de todas las edades..., humanos o no. Así que leed con atención estas páginas que tenéis en las manos. Y os emplazo a creer en todas y cada una de sus palabras. Al fin y al cabo, es posible que un día queráis contar esta historia a vuestros propios hijos.

Cosas más raras han sucedido. Leed y veréis.

Mi nombre es James Sturges júnior, pero podéis llamarme Jim, lo mismo que mi padre, y es que en su momento yo también fui uno de vosotros. Mi aventura se inició cuando tenía quince años de edad. Un viernes de una mañana de octubre, el despertador comenzó a sonar a la hora habitual tan poco considerada. Dejé que siguiera zumbando; me había acostumbrado a continuar durmiendo mientras sonaba. Por desgracia, mi padre, Jim Sturges sénior, era el hombre con el sueño

más ligero del mundo. El impacto de una ráfaga de viento contra el lado de la casa era suficiente para despertarle, y a continuación venía a ver si me encontraba bien, con lo que me despertaba. Supongo que hay que atribuirlo a lo sucedido a su hermano mayor, Jack. Ese tipo de cosas te dejan irremediabilmente marcado.

Mi padre se presentó en mi cuarto y apagó el despertador. El silencio que a continuación se produjo fue todavía peor, porque yo sabía que estaba allí de pie mirándome. Solía hacerlo. Como si le resultara difícil de creer que su hijo hubiera sobrevivido a otra noche más. Abrí los ojos de golpe. Llevaba puesta una camisa de vestir que le quedaba pequeña, con el cuello sucio, y estaba tratando de abrocharse el puño de la manga izquierda, cosa que hacía todas las mañanas hasta que se daba por vencido y me pedía ayuda.

Se le veía mayor. *Era* viejo. Mayor que casi todos los padres que había conocido, a juzgar por las arrugillas que se abrían en abanico desde las comisuras de los párpados, lo tupido de sus cejas y el pelo en sus orejas, y su calvicie casi absoluta. También andaba encorvado y cabizbajo, de un modo que yo no veía en los demás padres, aunque dudo que eso tuviera que ver con la edad. Diría que era otra cosa lo que lo abrumaba.

—Levántate y disfruta del nuevo día.

No parecía que él estuviera disfrutándolo. Nunca lo parecía.

Me senté en la cama y le miré mientras se disponía a accionar el mecanismo de apertura de las persianas de acero que cubrían la ventana de mi cuarto. Echó mano a las gafas que llevaba en el bolsillo, rotas como de costumbre y sujetas por una tirita adhesiva, y se concentró en introducir el código de seguridad. Tras teclear el número de siete cifras, tiró hacia arriba, y los paneles de acero se abrieron en acordeón para revelar el soleado día.

—No hacía falta que te molestaras —rezongué—. Voy a tener que cerrarlas otra vez antes de marcharnos.

—La luz del sol es importante para los chicos en edad de crecer.

No daba la impresión de que creyera demasiado en sus propias palabras.

—No veo que esté creciendo. —En lo de la estatura había salido a él, pues seguía a la espera de pegar ese estirón del que todos hablaban maravillas—. De hecho, creo que estoy encojiendo.

Siguió ocupado con el botón del puño izquierdo un momento más y terminó por dirigirse a la puerta.

—Tienes que levantarte —dijo—. El desayuno también es importante.

Tampoco daba la impresión de creérselo.

Una vez que me hube duchado y vestido, encontré a mi padre en el lugar de todas las mañanas, de pie en la puerta de la sala de estar y junto al altar en honor al tío Jack dispuesto sobre la chimenea eléctrica. Lo describo como un altar porque no se me ocurre otra palabra mejor. Cada centímetro de la repisa estaba ocupado por recuerdos de su paso por el mundo. Había fotos de la escuela, por supuesto, de Jack en el parvulario, sonriente y vestido con la camisa del Llanero Solitario; de Jack en el segundo curso, mostrando los dientes que le faltaban; de Jack en quinto curso, con un ojo a la funerala y con aire de sentirse muy orgulloso de ello; de Jack en octavo —al final de su vida—, bronceado, con aspecto saludable y pinta de estar dispuesto a comerse el mundo.

En el altar había otros objetos más extraños. Estaba el timbre de la Sportcrest de Jack, cubierto de manchas de óxido. Así como la radio de la bicicleta que emitió su última canción en 1969, un artefacto de raro aspecto dotado de una antena torcida. Y otras cosas que tan solo tenían significado fraterno para mi padre: un reloj de pulsera roto, una figurilla de madera de un indio, un pequeño fragmento de piritita. Sin embargo, lo más inquietante de todo era el objeto situado en el centro preciso

del altar: la imagen enmarcada de Jack, recortada de un envase de cartón de leche, una copia en blanco y negro de la fotografía que le hicieron en octavo curso.

Papá vio mi reflejo en el cristal.

Se obligó a sonreír.

—Hola, hijo.

—¿Qué tal, papá?

—Estaba... limpiando un poco.

Sin líquido limpiador ni trapos de ninguna clase.

—Claro, papá.

—¿Tienes hambre?

—Bueno, lo que tú digas. Vale.

—Muy bien. —Mi padre llevó al límite aquella falsa sonrisa suya—. Vamos a desayunar.

El desayuno siempre consistía en leche fría con cereales. Hubo un tiempo en el que comíamos platos cocinados de verdad, antes de que mamá se hartara de las inseguridades de papá y se fuera de casa. Mi padre hacía lo que podía, me dije. Comimos y sorbimos de nuestros tazones, sentados el uno frente al otro, cada uno en un extremo de la mesa, cabizbajos los dos. Papá de vez en cuando echaba una mirada en derredor, para asegurarse de que las persianas de acero estaban bien cerradas. Suspiré y me serví un poco más de leche. La leche estaba en una jarra. Mi padre nunca la compraba en envases de cartón.

No hacía más que consultar su reloj de pulsera, hasta que me entró mala conciencia y tiré los restos de mis cereales al triturador de basura. Mientras papá esperaba con aire impaciente junto a la puerta de la casa, fui corriendo a mi habitación, me puse la chaqueta, me colgué la pequeña mochila al hombro y tecleé el código de seguridad para cerrar las persianas. Mi padre no procedió a abrir los cierres de la puerta hasta que estuve a su lado.

Se trataba de un ritual que me sabía de memoria. La puerta tenía diez cierres, cada uno de ellos más sólido que el anterior.

Mientras abría los cerrojos, hacía girar las llaves y describía las cadenas, canturreé el mismo solo de percusión que llevaba quince años oyendo: *clic, rat-tat, zing, rat-tat, clac-clac-clac, zang, crench, zuit, rat-tat-tat, zut.*

—Jimmy. ¡Jimmy!

Parpadeé y le miré. Estaba de pie en el umbral, vestido con aquella camisa que tan mal le sentaba y le daba aspecto vulnerable, con la mano en el estómago, donde la úlcera empezaba a hacer de las suyas a la hora de siempre. Me hubiera gustado sentir lástima por él, pero justo estaba haciendo gestos de impaciencia instándome a salir.

—Sal al porche de una vez, o los sensores de presión terminarán por dispararse. Vamos, sal ya.

Me encogí de hombros a modo de disculpa, pasé por su lado y salí al césped del jardín. Oí los ruidos electrónicos provocados por la activación del sistema de alarma, seguido por la robótica voz femenina: «No se detecta peligro en ninguna zona de la vivienda». Papá suspiró con alivio, como si hubiera estado albergando dudas al respecto, y echó las cerraduras físicas del exterior antes de bajar de un salto del porche dotado de sensores. Aterrizó a mi lado, con los pelos de las oreja húmedos por el sudor.

El pobre viejo estaba hecho un manojo de nervios; no se encontraba en condiciones de luchar contra los demonios personales que habían terminado por cobrar estatura de dragones en su mente. Resollaba, y su pecho se inflaba y desinflaba, lo que hizo que me fijara en la calculadora con el logotipo de San Bernardino Electronics que llevaba prendida en el bolsillo delantero. Según la leyenda, mi padre era el inventor del Bolsillo-Calculadora Excalibur utilizado por los chiflados por la ciencia del mundo entero, cosa que papá negaba. Yo tenía la teoría de que sus jefes le habían tomado el pelo y se habían llevado el mérito. Es lo que suele pasarles a los tipos como Jim Sturges sénior. Lo que hacía que me sintiera como un desgraciado.

Me acompañó por el césped. La cámara de seguridad de la entrada chirrió mientras seguía nuestro avance. Los pies de papá se enredaron con los míos, y me fijé en que, como siempre, llevaba los calcetines manchados de verde. Para compensar la falta de ascensos e incentivos económicos en el trabajo, durante los fines de semanas cortaba el césped en los parques y cementerios de la ciudad —y hasta en el campo de fútbol del instituto—, siempre vestido como un fantoche y equipado con guantes y gafas de seguridad. Lo que, creedme, incrementaba todavía más el respeto con que todos me miraban en el colegio. Me empujó, y la mano le olía a hierba.

—Vas a perder el autobús, Jimmy. Y si pierdes el autobús, tendré que dar media vuelta y llevarte al colegio en coche, con lo que llegaré tarde al trabajo.

—¿No sería más fácil que fuera andando?

—Ya sabes lo complicado que me ha resultado cambiar mi hora de entrada al trabajo para que los dos pudiéramos salir de casa juntos. Mi jefe me ha pegado una bronca de campeonato, Jimmy, lo que se dice de campeonato.

—No tenías por qué hacerlo. Los únicos que van en el autobús son los niños pequeños.

Me miró con severidad.

—Toda precaución es poca. Mira lo que le pasó a mi hermano Jack. Tan independiente como era. Siempre tan animoso. Siempre estaba diciéndome lo mismo: «Jimbo, conmigo no puede nadie». Pero alguien pudo con él, y eso que era...

Repetí con él:

—... El chico más valiente del mundo.

Ante la furgoneta de San Bernardino Electronics (conocida como «el vehículo más seguro en todo San Bernardino»), que también utilizaba para transportar el cortacésped, mi padre se giró y suspiró. Me fijé en que el desabotonado puño de su camisa asomaba tembloroso bajo la manga de la americana. Ya que no me dejaba crecer y hacer cosas tan simples como ir andando

al colegio por mi cuenta, se merecía presentarse en el lugar de trabajo vestido de esa guisa.

—Pues sí —dijo al cabo de un momento—. Sí que lo era.

Se acercó a la furgoneta y se dispuso a abrir la puerta. Di un respingo. Papá tenía razón; el autobús estaba llegando. Oía que se acercaba por Maple Street e iba a tener que correr para pillarlo a tiempo. Pero el botón suelto en el puño de su camisa me hizo vacilar. Casi podía ver a los jóvenes empleados en su oficina burlándose del hombre desastrado y ansioso, con las gafas sujetas con una tirita, que llevaba su Bolsillo-Calculadora Excalibur como si se tratara de una medalla al mérito. Una víctima en la familia era suficiente.

Caminé hasta la furgoneta, estiré la manga de la camisa de mi padre y le abotoné el puño en un dos por tres. Esbocé una sonrisa, mientras él pestañeaba tras los grasientos cristales de sus gafas.

—El autobús, Jimmy...

Suspiré.

—Ahora mismo voy, papá.